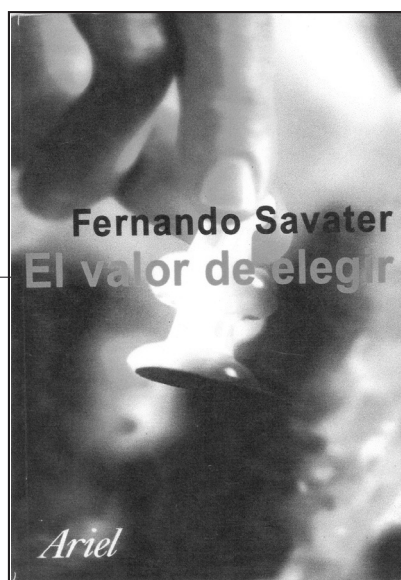

Sabater, Fernando (2003). **El valor de elegir**. Editorial Ariel, S.A.

Tal vez la idea de revertir a un lenguaje más sencillo el pensamiento tan complejo y hasta abstruso de los grandes filósofos de la historia de la humanidad, sea una de las genialidades del autor. Máxima aun cuando casi todas sus afirmaciones –sin eclecticismo– se apuntalan sobre tales fundamentos.

Su genialidad se prolonga en sus obras cuando a través de esa claridad y sencillez hace accesible al lector más profano la posibilidad cierta de una aproximación –hasta cierta complicidad– con estos grandes pensadores y se continúa en la certeza de llegar a comprender los intrínquilos de sus ideas, mediante el uso práctico que les asigna el autor, bien cuando las refiere al entramado social o cuando apuntan hacia la conformación de la personalidad.

“El valor de elegir” es una obra que se inscribe en esta tónica.

El tema de la libertad y sus condicionamientos ha sido motivo permanente de largas y hasta estériles disquisiciones.



¿En que medida disfrutamos de ese bien supuestamente inalienable?

¿Existe la libertad como ejercicio? O por el contrario ¿Estamos... constreñidos o “condenados” a vivir en libertad?

Estas son algunas interrogantes por las cuales transita el autor que considera el tema tan crucial que confiesa haber diferido su tratamiento en la esperanza de que el discurrir del tiempo le irían dando respuestas. Aunque confiesa haber obtenido solo “respuestas tentativas”; pero confiando en el valor de la filosofía emprende la búsqueda no con el ánimo de lograr “certezas absolutas” sino para ir desempe-

ñando algunas respuesta que –según su decir- le permitan vivir con dignidad inteligente, y nos invita a no cerrar ningún capítulo y mas bien “continuar pensando y repensando” en esta búsqueda.

Cuando la libertad se condiciona deja de ser. Aun cuando se aludan razones axiológicas, políticas, teleológicas o religiosas.

El Actuar es lo genuinamente “humano” y se convierte en acto como ejercicio de libertad. Acto de fe, de conciencia y confianza en el tiempo en sí mismo. A pesar del aturdimiento, desasosiego y el temor que nos deparan la fatalidad y la incertidumbre es necesario actuar y optar por un modo de acción. Hasta el dejar pasar o establecer las pausas que nos impone la reflexión; la búsqueda de una oportunidad propicia; el desenlace de una <situación>; en fin, la solución de un conflicto; son acciones que proceden de nuestra propia deliberación y como tales constituyen actos voluntarios.

En la primera parte del libro que titula Antropología de la Libertad nos coloca ante la propia definición de lo humano. De acuerdo con el filósofo Gehlen nos apunta que la característica definitoria es que “es un ser práxico, es decir un ser que actúa”. Entendiendo tal acción “una intervención en lo real que selecciona, planea e innova”; intentando actuar con previsión ante lo imprevisto y contando siempre con su incertidumbre.

Como tal la acción origina al ser humano, pero siguiendo a Aristóteles coincide en que “la praxis es autopoietica: la principal industria del hombre es inventarse y darse forma a si mismo”.

Avanzando en su análisis antropológico: si estamos obligados a actuar.

¿Cómo actuamos?

Ahora nos ubica –Cap. II– ante la incertidumbre y la fatalidad. No obstante colocándonos ante un abanico de ofertas averiguadas o inventadas –infundadas o no– el hombre opta entre las diferentes alternativas y lo hace como acto voluntario de elegir, “y elegir consiste en conjugar adecuadamente conocimiento, imaginación y decisión en el campo de lo posible”.

Nuestras acciones se ven limitadas por la fuerza de las circunstancias, como actos de voluntad forzadas, razones de fuerza mayor, elección del mal menor, etc. (elecciones).

Por tanto, optamos para afrontar la fatalidad y bajo el acecho constante de lo impredecible y penetramos en el intrincado juego del azar que se encarga de “malear la voluntariedad de nuestros actos hasta hacerla a veces irreconocible: convierte –en parte o del todo– la acción en “accidente”.

El Cap. II nos coloca ante nuevas disyuntivas que implican el accionar humano y son el ¿Para qué y el por qué?

Aquí categóricamente afirma: “Sin intención no hay acción) y siguiendo a Manuel Cruz: “la condición necesaria para que tenga sentido considerar algo como una acción es la posibilidad de proponérselo o de tener intención de hacerlo” (ibidem). Cuando respondemos a nuestras interrogantes iniciales ¿Para qué? ¿Por qué? Se determina a posteriori que el acto ha sido intencionado.

“La intención apunta a lo que se quiere efectivamente hacer, el motivo o la causa por la que se elige hacer precisamente eso”

“El motivo sólo se convierte en causa eficaz de la acción gracias a la voluntad que lo escoge y acepta”.

Mediante la racionalidad se evalúa lo real, se buscan las alternativas y se toman decisiones.

Entre los por qué causales motivadores de la acción más o menos perentorios intenta una taxonomía y los ordena en:

- Necesidades
- Deleites
- Compromisos
- Proyectos
- Experimentos

De todos –piensa Sabater- que son los actos artísticos o poéticos (experimentos) “las más características de las acciones humanas, porque depende de impulsos que no surgen de nuestras naturalezas biológicas ni siquiera meramente de nuestra condición social sino de nuestra personal idiosincracia simbólica (Subrayado nuestro).

En Cáp. IV aborda el tema axiológico y ante la disyuntiva de lo bueno y lo malo; partiendo de un supuesto “Arte de vivir”, que sólo puede ser parcialmente aprendido, porque sus más excelsa manifestaciones se revelan únicamente como modelos en seres excepcionales que se convierte en “clásicos”.

“Como cualquier otro arte, el de vivir consiste en discernir entre las diferentes formas de actuar y valorarlas”. Así nos remite al campo de la axiología y la deontología.

Más adelante agrega:

“Bueno” y Malo” son términos referidos a lo consciente, a aquello que se opta, es decir a ese libre albedrío que constituye la forma más íntima y problemática de la libertad.

Las tribulaciones del libre albedrío están contenidas en el Cáp. V.

Analiza el autor las perversiones acráticas y las obnubilaciones como la embriaguez, la cólera, el miedo o la concupiscencia. Cuando el alma humana se deja arrebatar por esas pasiones, nos convence de que “es inevitable aceptar que la irracionalidad existe también como una de nuestras posibilidades”.

Finalmente, las instituciones de la libertad conforman el Cáp. VI.

Parafraseando a un poeta dice: “No hay libertad sino pruebas de libertad”.

Tales pruebas son, además de nuestro testimonio personal, la norma social, obra maestra de la libertad. El hombre es más libre en la

ciudad aún cuando viva constreñido por las leyes, puesto que "La asociación basada en leyes y costumbres trata de configurar un ámbito en el que podemos desarrollar elecciones que no siempre sean a vida o muerte".

En la 2da. Parte de su obra, Sabater nos invita a hacer nuestras propias elecciones orientándonos con reflexivos argumentos.

Así invita a elegir la verdad, no porque podamos posesionarnos de verdades absolutas, sino porque modestamente podamos lograr ciertas coincidencias de nuestras aseveraciones o cogitaciones. Así nos dice: "La verdad es coincidencia, acierto: la posición de quien pretende saber que mejor se adecua a lo que pretende sabido. Así pues no hay verdad sólo en quien conoce ni solo en lo conocido sino en la debida correspondencia entre ambos..."

Reconoce las limitaciones para profundizar en los diversos campos de la verdad y los tipos de realidad pues requerirá un doble tratado de metafísica y epistemología. No obstante aporta algunos ejemplos.

La segunda elección que nos invita a hacer es que elijamos el placer a pesar de los posibles reproches puritanos.

Algunas de las razones que esgrime para tal decisión es que en ninguna sociedad ha faltado el hedonismo. Nos dice "En el placer nunca recomendado y siempre bus-

cado se han rebelado los individuos contra el malestar colectivista de sus culturas.

Elegir la política es la tercera opción porque una idea política es una forma de hacer, no una forma de ser.

La motivación es que el intervenir políticamente tenemos una doble opción:

Someternos a ella con relativa pasividad... o por el contrario podemos aspirar a reformar por medio de transformaciones institucionales... En ambos casos estamos interviniendo en la configuración política del mundo.

La siguiente elección es la educación cívica que no consiste en la instrucción básica ni en la mera preparación para desempeñar tareas laborales, etc. Sino que se refiere a "la preparación que faculta para vivir políticamente con los demás en la ciudad democrática, participando en la gestión paritaria de los asuntos públicos y con capacidad para distinguir lo justo y lo injusto.

Elegir la humanidad es otra de las opciones recomendadas. Las razones para tal elección parecen proceder de las continuas crisis que viven las sociedades encaminadas hacia un proceso de deshumanización. Porque aun dentro de las posiciones encontradas de los capitalistas o de los ecologistas radicales y mas aun ante la ingeniería genetista tenemos la opción de elegir la humanidad porque la conducta humana no tiene una programación gené-

tica ni es producto de la evolución: "La naturaleza nos determina a ser humanos, pero nos permite serlo a nuestro modo".

La última elección que nos propone el autor es elegir lo contingente. La razón más sencilla que esgrime es que: "nuestros actos, nuestras instituciones, nuestros afectos tienen evidentemente sentido pero sólo un sentido contingente, como nosotros mismo". Ese sentido, concedido por lo cotidiano que aceptamos y buscamos, se nos parece demasiado para resultarnos plenamente satisfactorio, y como colofón nos regala esta reflexión.

"Al final la aspiración a lo bueno y lo bello son sólo caminos por los que transitamos forzosamente con inquietudes pero no sin armonía ¿Seremos capaces de liberarnos alegremente de la contaminación enfática?"

Sabater nos obsequia una obra para la reflexión, el pensamiento crítico y, con sentido práctico nos encamina hacia diversas elecciones para orientar nuestra conducta hacia una vida más plena, digna y satisfactoria.

César E. Salazar
Ministerio de Educación
Puerto La Cruz, Venezuela